

CONFESIONES DE UNA INCURABLE ROMANTICA

Irma Adelman

Escribir mi autobiografía intelectual es una tarea que muchas veces he pospuesto, sobre todo por temor. Una evaluación retrospectiva de mi obra inevitablemente me habría puesto frente a mí misma, habría influenciado el resto de mi carrera y habría tenido un sabor de media conclusión, esperando -claro- que fuese prematura. Un amable reclamo de los editores me ha convencido ahora de que debo apretar los dientes, hacer a un lado mis temores y comenzar.

Mi formación

Nací en marzo de 1930 en Cernowitz, Rumanía. Las influencias decisivas sobre mi vida y sobre mis valores las tuvieron mis padres, los primeros años de escuela y el trauma de la Segunda Guerra Mundial. Mi madre, una mujer muy atractiva, inteligente y vivaz no llegó nunca a practicar la abogacía. Mi padre afirmaba que su prestigio profesional sería destruido si ella hubiese trabajado y que además así habría quitado el pan de la boca a un padre de familia hebreo, dado que en los años treinta el gobierno rumano imponía una cuota a los abogados hebreos. Concentró así su energía sin confines y sus ambiciones en mí, su hija única. Estaba decidida (¡pobre mujer!) a empeñarse para que yo fuera lo más atrayente posible, incompatiblemente con mi dotación originaria, bastante desfavorable, y para que realizara la carrera de la cual ella había estado privada por la conjura de las circunstancias. Sus intentos me inculcaron esa confianza en la perfectibilidad de los individuos y de la sociedad que ha dominado mi actividad de enseñanza y de investigación.

Mi padre era un hombre de negocios socialista, una paradoja no insólita entre los hombres de negocios hebreos de la Europa Oriental. Cuando empezó la revolución rusa era estudiante de la Universidad de Kiev, de Ucrania, era un sionista menchevique, un socialista reformista. Cuando vencieron los bolcheviques huyó a Rumanía. Estaba en la lista de aquellos que debían ser fusilados; el oficial jefe del pelotón de ejecución era un amigo de mi tío y le permitió escapar. De mi padre recibí el empeño reformador, la simpatía por los pobres y el desprecio por las condiciones sociales que generan miseria e indigencia de masa.

A pesar de ser hebrea, en Rumanía recibí la Instrucción elemental en una escuela de religiosas católicas francesas: Notre Dame du Sion. Se nos decía que los hebreos eran culpables

y que los católicos estaban eternamente en crédito frente a nosotros. Los primeros años de escuela me dejaron, por lo tanto, un gigantesco sentido de culpa primordial más tarde reforzado por el hecho de haber sobrevivido al holocausto. La expiación de esta culpa, en la única forma posible, al servicio del género humano, ha sido en mi vida un impulso primario.

La Segunda Guerra Mundial, de la cual también escapé relativamente indemne, dejó en mí un signo indeleble. Mi padre tuvo la previsión y el valor de dejar en 1939 Rumanía para ir a Palestina, así que todo el núcleo familiar sobrevivió intacto. El principal contragolpe de la guerra sobre mí fue la penosa fractura de los afectos personales derivada de la nueva condición de refugiada y la experiencia del odio religioso de masa. Recuerdo que a la edad de 6 años mi padre me dijo que podía ser despreciada por ser hebrea pero que debía, al contrario, estar orgullosa. Yo no sabía qué significaba ser hebrea y las religiosas me habían enseñado que el orgullo es pecado, así que sus palabras me dejaron desconcertada. La guerra me imprimió un sentido de perder raíces, de la precariedad de toda la situación, del escaso valor de mi persona, una sospecha hacia las ideologías de masa y una falta de atracción hacia lo que poseía. Me creó también la sensación de pertenecer a todas partes y a ninguna, la señal distintiva del cosmopolita y, hacia los menos afortunados, la humildad de quien reconoce 'estar aquí sólo por la gracia de Dios'. En lo positivo aprendí que la única cosa sobre la que se puede contar es el propio capital humano (los propios conocimientos y habilidades, el carácter personal) porque todo el resto puede ser quitado por el solo grito de un demagogo. También mi sucesiva inclinación por los modelos con componentes estocásticos, por la dinámica no lineal y mi concepción socio-política del desarrollo económico tienen sus raíces en las experiencias vividas durante la Segunda Guerra Mundial.

Dentro de mí nunca he tenido la menor duda de que debería convertirme en una intelectual. Era mi única ventaja comparativa (era una muchacha sin gracia, regordeta y estrábica, mis padres y la opinión general me habían preparado a ver en la instrucción mi única posibilidad de conquistar una vida moderadamente estable y socialmente fructífera. Después de haber terminado la escuela superior en Palestina y de haber combatido en la guerra por la independencia de Israel en 1949, me inscribí como *undergraduate* en la Universidad de California en Berkeley. Escogí organización empresarial y administración pública como interés secundario, no porque estuviera atraída hacía esas materias (si me hubiera dejado guiar por mis inclinaciones habría estudiado literatura e historia del arte francés y alemán) sino porque me parecía que estas eran las exigencias prioritarias del naciente Estado de Israel a cuyos intereses quería contribuir. Pero las cosas sucedieron de otra manera. Poco después de haber llegado a Berkeley conocí a mi marido, un americano candidato al doctorado en física, me enamoré, me

casé y aquí me quedé. Cuando tomé la decisión de casarme y de quedarme aquí me sentí muy culpable porque anteponía mi felicidad a mi deber frente a Israel, al que sentía traicionar no regresando.

Navegué a través de los cursos de *undergraduate*; en los estudios sucesivos pasé a economía y obtuve un doctorado seis años después de haberme inscrito como *undergraduate*. La preparación que recibí era gravemente insuficiente. En aquella época Berkeley era muy deficiente en historia económica y en instrumentos matemáticos. Robert Dorman era el único rayo de luz en el plan de estudios *graduate* y tiemblo con el solo pensamiento de lo que me habría pasado si no hubiera podido aprovechar sus enseñanzas. Completé mi plan de estudios en economía siguiendo cursos de estadística, matemática y economía agraria; junto con Arnold Zellner, Zvi Griliches y Yair Mundlak aprendí la econometría de George Kuznets. Sobre mí ha tenido una influencia muy positiva también mi marido Frank Adelman, del cual he aprendido una concepción del método científico basado sobre una continua interacción, interactiva entre teoría y experimentos o "hechos estilizados", estadísticos, el cual es natural para los físicos aplicados pero todavía no para los economistas.

La investigación

Desde el punto de vista de un historiador del pensamiento el proceso de investigación aparece planificado a priori, desde el de un autor aparece como una sucesión de elecciones no previstas, guiadas por el interés personal y por la percepción de la importancia de los argumentos y que se efectúa sobre bases de oportunidad generadas tanto desde fuera como por el autor mismo. A pesar de que ambos puntos de vista son correctos, en este recuento adoptaré el segundo.

Mis primeras Investigaciones fueron eclécticas pero con algunas directrices comunes dictadas por mi sistema de valores y por las primeras experiencias personales: estaba interesada en la dinámica, tanto del ciclo como del largo plazo, en los procesos estocásticos y en los métodos de agregación. *The Dynamic Properties of the Klein Goldberger Model, Business Cycles, Endogenous or Stochastic?, A Stochastic Analysis of the Size Distribution of Firms*, mi primer libro y el trabajo sobre los números índices edonísticos (1961), fueron todos el reflejo de estos intereses. Tenía también algunas predicciones metodológicas que he conservado durante toda mi carrera y que reflejan mis predisposiciones científicas: una concepción del mundo como sistema interdependiente; la convicción de que el mundo es real y que la Investigación científica es un espejo que lo refleja y que se espera que no lo distorsione; un impulso a contribuir a aclarar

las cuestiones concretas importantes para el bienestar de una amplia proporción de la población mundial.

Un artículo sobre Klein-Goldberger nació un día que mi marido, un físico, expresó el deseo de tratar de programar un sencillo problema y me preguntó si en economía no hubiera algo que pudiese servir. Le sugerí el modelo de Klein-Goldberger. Esto sucedía antes de la introducción del Fortran (1955): todos los programas estaban en lenguaje de máquina. Recuerdo que extendimos en el piso un gran pedazo de papel en el cual estaba el mapa de la memoria de la computadora, siguiendo la localización de cada una de las variables después de cada operación. A pesar de esto cuando probamos el programa apareció sólo un error de codificación. Terminado el trabajo en la computadora mi marido me enseñó una cosa muy importante. Me dijo: "ahora debemos dar fruto con los resultados". Escribir aquel artículo fue un suplicio: lo redactamos juntos y reñimos por cada palabra de cada frase, terminando solo un par de párrafos por noche. Este artículo, que confirmó la hipótesis de Frisch sobre el origen casual del ciclo económico, ha sido reconocido como uno de los 20 mejores artículos publicados en *Econometría* y se ha convertido en un "clásico" en el estudio del ciclo y la simulación de los sistemas económicos.

Mi primer libro, *Theories of Economic Growth and Development* (Stanford, 1961) era en un principio la sección de teoría del desarrollo de un libro de texto sobre el desarrollo económico para *undergraduate*, escrito en colaboración con L. Mears y A. Pepelassis. El editor, McGraw Hill, objetó señalando que mi sección era de un nivel demasiado avanzado respecto al resto del libro e insistió fuese eliminada. Entonces la tomé y hice el texto más claro, pero en el momento de buscar un editor empecé a tener dudas. Me parecía que el libro era escasamente original y que mis descripciones de la interacción entre desarrollo económico y las características socioculturales e institucionales de la sociedad traducían conocimientos muy aproximativos. Así, terminada la revisión, durante algunos meses tuve el manuscrito en un cajón. Pero estaba inquieta. Paul Baran, entonces colega mío en Stanford, se dio cuenta y me preguntó el motivo. Cuando le externé mis preocupaciones me dijo: "Es muy sencillo, Irma; deja que el mercado decida, envía el libro a algún editor y ve si lo acepta". Curioso consejo por parte del único economista marxista que en aquella época enseñaba en una universidad americana...

Este libro con sus dudas preparó el terreno para una de mis vetas de investigación: en qué modo el crecimiento económico en los diversos países está determinado por y a su vez determina las instituciones económicas y políticas; las estructuras y los valores socioculturales; y en qué modo las instituciones y las estructuras y las decisiones económicas inciden sobre la difusión de los beneficios producidos por el cambio económico e institucional. Advertía la exigencia de comprender mejor estos procesos y de fundar mi comprensión sobre hipótesis generadas

empíricamente y sobre hechos estilizados. Esta es la línea de investigación a la que se asoció Cynthia Taft Morris.

Encontré por primera vez a Cynthia Taft Morris en el verano de 1962 en Washington, D.C., en donde ambas éramos *Research Associate* en la Brookings Institution. Ambas apenas nos habíamos trasladado a Washington siguiendo como la bíblica Ruth las carreras de nuestros maridos, y ambas estábamos un poco desorientadas ante la necesidad de construir nuevas bases profesionales para nosotras mismas. Nuestro trabajo en común de aquel verano fue el inicio de una amistad y de una confraternidad ininterrumpidas. Después del verano Cynthia Taft Morris combinó la enseñanza en la American University con un trabajo de tiempo parcial en la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) en el sector de investigación dirigido por Hollis Cherney. Comencé a enseñar en la John Hopkins en Baltimore y fui incluida por Hollis Cherney en su sector de investigación con un vago mandato de revisar los archivos de la AID y de buscar algo sobre lo que pudiese hacer investigación. Encontré los informes de la AID sobre países específicos, monografías elaboradas por las oficinas de campo de la AID así como informes anuales sobre los respectivos países. Esto sucedía antes de la aparición de los bancos de datos generales; en verdad ¡aún antes de la publicación de datos comparables del PNB per cápita! Los informes eran de calidades distintas y también de confiabilidad diferente, pero antes de ser enviados a Washington habían estado sujetos a un cierto control y al menos en principio tenían una redacción uniforme. Eran una mina de información, puesta al día, sobre la situación política y sociocultural de cada país y traían información cuantitativa y descriptiva sobre la industria, la agricultura, las inversiones y el comercio exterior. Naturalmente las informaciones debían ser sometidas a un control cruzado, especialmente para compensar las tendencias políticas y la falta de experiencia frente a otros países en vías de desarrollo, pero ofrecían al menos un punto de partida de incalculable valor. Me apasionaba mucho la posibilidad de utilizar estos informes como fuente de información útil a la investigación sobre la interacción de los aspectos económicos, sociales y políticos del desarrollo económico. Además, leyendo trabajos de psicología me había encontrado con el análisis factorial; una técnica que parecía ofrecer un vehículo estadístico ideal para una investigación explorativa sobre las interacciones para las cuales no existían teorías consolidadas. Pregunté a Cynthia Taft Morris si estaba interesada en colaborar conmigo en este proyecto. Nació así *Society, Politics and Economic Development, A Quantitative Approach* (John Hopkins Press, 1967).

Puede ser oportuno decir una palabra sobre nuestra colaboración profesional: Cynthia Taft Morris tuvo polio cuando fue adolescente y desde entonces había usado muletas. Dada las consecuentes limitaciones de su inmovilidad, al inicio de nuestra colaboración ella me precisó

que no deseaba estar involucrada en la presentación de nuestros trabajos en convenios, encuentros profesionales, etc., este trabajo me tocaría a mí. Desgraciadamente su rol menos protagónico ha inducido a los colegas a subvaluar su aportación a nuestro trabajo conjunto.

En 1965 cuando *Society, Politics and Economic Development, A Quantitative Approach* ya estaba casi terminado, nos vino la idea de pensar que sería interesante ver si las hipótesis generadas por esta investigación sobre el desarrollo contemporáneo eran aplicables a los procesos históricos de desarrollo que se habían verificado en el momento de la Revolución Industrial. Esta investigación fascinaba especialmente a Cynthia Taft Morris, que tenía una preparación de historia económica y una gran atención para las instituciones. Ella comenzó por lo tanto a trabajar en recoger las informaciones sobre 23 países para el período de 1850-1914. En 1972 conocí a Herman Wold con motivo de su Seminario en el Banco Mundial sobre el Método de los Mínimos Cuadrados Parciales y más en general sobre la construcción de modelos flexibles. Me apasioné de su filosofía y enfoque (rara entre los estadígrafos predominantes) con los cuales me encontraba en sintonía. Terminado *Society, Politics and Economic Development, A Quantitative Approach*, estaba en la búsqueda constante de métodos no paramétricos para conciliar la especificación de las distribuciones *a priori* parciales con la información de muestras. (A pesar de que mi filosofía era bayesiana había dos motivos que me impedían seguir un camino rigurosamente bayesiano: no quería especificar una distribución particular *a priori* especialmente con el tipo de datos discretos y ordenados que caracterizaban mi trabajo sobre la interacción entre las características sociales, políticas e institucionales de la sociedad y sus caminos del desarrollo. Quería además considerar sistemas interdependientes, lo que todavía es más difícil con las técnicas bayesianas actuales.) El enfoque de Herman Wold parecía ser la solución. Comencé a trabajar con él en las primeras fases del desarrollo del método de los mínimos cuadrados parciales y gracias a él conocí el trabajo de Svante Wold sobre los modelos para componentes principales separados. Y este es precisamente el enfoque que Cynthia Taft Morris y yo utilizamos en nuestro trabajo histórico. Cuando iniciamos esta investigación en 1965, ¿no sospechábamos que debían transcurrir 23 años, antes de que nuestro trabajo histórico pudiese resultar en un libro que describiese el rol desarrollado por las fuerzas institucionales y políticas en provocar las divergentes relaciones económicas de cada uno de los países frente a los desafíos y oportunidades ofrecidas por el inicio de la revolución Industrial en la Gran Bretaña! Nuestro libro *Comparative Patterns of Economic Development 1850-1914* (Johns Hopkins Press) apareció hasta 1988. En esta ocasión finalmente logré persuadir a Cynthia Taft Morris de poner su nombre como primera autora, en el intento tanto de reflejar nuestras

respectivas contribuciones al trabajo, como de corregir parcialmente la subvaluación general de su contribución en nuestras precedentes investigaciones conjuntas.

Naturalmente durante los 23 años que se requirieron para completar este libro hubo diversas digresiones. La más importante fue nuestro trabajo conjunto y el mío separado sobre la distribución del ingreso en los países en desarrollo. En 1969, la Agencia para el Desarrollo Internacional fue objeto de críticas por parte del Congreso de los Estados Unidos por no haber dedicado suficiente atención a la difusión de los beneficios derivados de sus propios proyectos. (¡Parecería que los banquetes internacionales de senadores y miembros del Congreso tienen alguna utilidad!). A ella y a mí se nos pidió emprender un estudio sobre la amplitud de la participación en el proceso de desarrollo en términos tanto políticos como económicos, de la población de los países en desarrollo. Los resultados se encuentran en *Economic and Social Equity in Developing Countries* (Stanford Press, 1973); nuestros resultados confirmaron una hipótesis “J” aunque en general se piensa que hemos confirmado la hipótesis “U” de Kuznets. Encontramos que la cuota de ingreso de los más pobres al principio decrecía rápidamente, luego más pausadamente y después según la elección de políticas se ajusta (“J”) o bien empieza a crecer (“U”). Al crecer políticamente la clase media y al mejorar la urbanización, la instrucción y las comunicaciones, la influencia de los grupos no elitistas sobre la política comienza a extenderse a la clase media y a los obreros del sector moderno. Encontramos, sin embargo, que la mayor participación política de estos grupos no se resuelve en favor de los más pobres y que antes bien la clase media saca ventaja a costa de los pobres y de los ricos.

Quedamos profundamente impresionadas por estos resultados. Hasta entonces habíamos creído en la visión optimista del desarrollo económico ofrecida por los estudiosos de la modernización y en la hipótesis de la recaída, de las cuales están embebidos los trabajos comunes sobre el desarrollo económico. Si no hubiera sido por la técnica estadística, no paramétrica, que habíamos utilizado en nuestro estudio y por nuestro enfoque empírico inductivo, habríamos adoptado una especificación a priori de acuerdo con las teorías sobre la modernización con sus efectos. Habríamos imputado luego la poca respuesta estadística a la insuficiencia de datos y a la pequeñez de la muestra. Es también fortuna que nos hayamos dado el arduo trabajo de obtener información directa sobre la distribución del ingreso a pesar de la falta total de estudios publicados. Entre los más de 200 libros y mil artículos sobre los diferentes países publicados en los 10 años precedentes, ¡encontramos información sobre la distribución del ingreso sólo en uno (el estudio de Samuel Barber sobre Sudáfrica) y esto para 1948! Encontramos una lista preparada por la Oficina de Estadística de las Naciones Unidas de los estudios desarrollados pero no publicados sobre la distribución del ingreso en los países en

desarrollo y utilizamos por lo tanto la capacidad de presión de las oficinas locales de la AID para obtener tales estudios. Tuvimos también la fortuna de encontrar el estudio comparado de Christian Morrison escrito como la tesis de doctorado que contiene estimaciones sobre la distribución del ingreso en los países del Africa Subsahariana. Estos datos, aunque poco confiables frente a los países más desarrollados tuvieron el rol crucial de generar la declinación inicial de la cuota de ingreso de los más pobres. Presentamos nuestro informe a la AID sin publicar los resultados durante dos años por temor a que nuestro trabajo pudiese ser usado como argumento en favor de una reducción de recursos para la asistencia al extranjero, en vez de que lo fuese para orientar recursos hacia proyectos y programas más atentos al problema de la pobreza. Nos sentimos en libertad para publicar nuestros resultados sólo cuando quedamos convencidas de que no harían daño: en 1973, la asistencia al extranjero ya estaba en camino de disminuir y las recientes constataciones del aumento de la desocupación urbana, a pesar del rápido crecimiento, estaba dejando claro que en el proceso de desarrollo algo no funcionaba.

Las conclusiones a las que llegamos en aquel libro inspiraron la segunda veta dominante de mis investigaciones: aquella que enfrenta la distribución del ingreso y la pobreza desde un punto de vista tanto descriptivo como de política. Dos artículos, *On the State of Development Economics* y *Development Economics: A Reassessment of Goals*, condensaron el efecto que los nuevos resultados "traumáticos" tuvieron en mi investigación. En el primero mostraba cómo el fracaso fundamental de la economía del desarrollo tiene sus raíces en diversas insuficiencias metodológicas: la incapacidad de seguir un enfoque sistemático suficientemente amplio; la incapacidad de tener adecuadamente bajo observación los resultados; la omnipresente búsqueda de panaceas y de reglas simples de conducta; la insuficiente humildad y profesionalidad en nuestro enfoque hacia el desarrollo. En el segundo señalaba que el desarrollo debería ser reorientado hacia la creación de condiciones materiales y sociales para la realización por parte de cada uno del propio potencial humano. Este objetivo debía ser perseguido en lugar de aquel del crecimiento autodelineado; el crecimiento debería más bien considerarse como un instrumento para conseguir una reducción de la pobreza, objetivo que denominé de "depauperización". Según Mark Blaug (1958), éste ha sido mi artículo más leído y polémico.

En 1971 entré a trabajar en el Banco Mundial; inicié un programa de investigación dirigido a verificar la existencia de un enfoque a la política del desarrollo económico capaz de difundir entre los pobres una mayor parte de las ventajas del desarrollo. Era una cuestión que no estaba resuelta, ya que la historia de las primeras fases de la revolución industrial en los países desarrollados mostraba una disminución de la cuota de ingresos dirigida hacia los más pobres. Me parecía que encontrar un enfoque así requería la constitución de un laboratorio de cálculo

automático con el cual poder conducir y evaluar experimentos con políticas y programas. Este laboratorio debería reproducir la interacción entre agentes económicos en la economía real, recoger las reglas impuestas por los gobiernos sobre los mercados y comportamientos, incorporar todos los instrumentos de intervención y todas las variables relevantes para la medición del impacto que tienen sobre los pobres la economía, el gobierno y el resto del mundo. Habiendo encontrado como los sencillos (¿simplistas?) modelos a priori que identificaban causas únicas, motores primeros del desarrollo y cuellos de botella, los cuales habían llevado a los responsables de la formulación de las políticas para el desarrollo a luchar por un proceso de crecimiento seriamente distorsionado, rechacé el método de especificar un modelo con dos o tres sectores y una o dos clases de agentes, resolviéndolo de acuerdo con sus implicaciones de estática comparada y por lo tanto basar mis recomendaciones de política en tales soluciones. Más bien, sostuve la construcción en la computadora de un modelo complejo pero realista que luego, *a posteriori* debería ser simplificado con base en experimentos de significatividad. Esto me llevaba a la metodología de simulación en la computadora introducida en la economía por mi artículo sobre el modelo Klein-Goldberger. Pedí a Sherman Robinson, entonces profesor asistente de Princeton, colaborar en esta investigación. (Encontré por primera vez a Sherman Robinson cuando era candidato a un doctorado en Harvard y me pidió los datos de *Society, Politics and Economic Development, A Quantitative Approach* para utilizarlos en su tesis. Cuando la terminó me envió una copia dejándome favorablemente impresionada).

Al inicio pensamos que un modelo Johansen disponía de la estructura apropiada para nuestra investigación sobre la distribución del ingreso. Sin embargo, en seguida quedó claro que siendo nuestro fin la construcción de un modelo de cambios estructurales y de intervenciones de amplio espectro, un modelo como el de Johansen que se expresa en tasas de crecimiento lineales podría no registrar efectos de un mismo orden de amplitud que los impactos de los experimentos mismos. Sherman Robinson sugirió cambiar nuestra formulación de manera que pudiéramos obtener la solución para los niveles absolutos de las variables endógenas, más que, como en el modelo de Johansen, su tasa de variación. Nació así el primer gran modelo de equilibrio general calculable (CGE). El modelo contenía más de 3,000 variables endógenas, mezclaba características neoclásicas y estructuralistas: incorporaba deshomogeneidades en las inversiones y en el comportamiento del sector público; tenían una demanda de moneda endógena; dos mercados crediticios (uno oficial y uno no organizado); dos regímenes de política (un régimen de rigor monetario y con oferta de moneda fija y racionamiento, y un régimen de moneda fácil con tasas de interés fijas); algunos elementos de organización industrial en el interior de los sectores (cuatro dimensiones de empresas agrícolas e industriales) con diversas reglas de

comportamiento, diversos accesos al crédito y para las grandes empresas acceso a las divisas extranjeras. El modelo se aplicó a Corea del Sur, un país que nos atraía a ambos. Inicialmente las reacciones a nuestra especificación del modelo fueron escépticas. Nuestros críticos señalaban que no podríamos nunca ser capaces de resolver el modelo, y que aunque lo pudiésemos hacer no estaríamos en capacidad de comprender qué sucedía dentro del modelo. Demostramos que se equivocaban en ambas situaciones. Nuestro libro, *Income Distribution Policy in Developing Countries, The Case Korea* (Stanford Press), se terminó en 1975 y apareció en 1978. En él logramos identificar las variables de política importantes, explicar cómo funcionaba el modelo y atraer la atención sobre la importancia relativa de diferentes intervenciones de política. (El modelo fue presentado públicamente por primera vez en Toronto en 1973, para el congreso mundial de la *Econometric Society*. Ahí conocimos a John Whalley, que en aquella época era estudiante graduado y estaba escribiendo su tesis con Herbert Scarf; nos hizo preguntas sobre las técnicas de solución y sobre las probabilidades de resolver modelos no elementales. El primer recuento escrito sobre el modelo de 1973 y la primera publicación, dadas nuestras conclusiones pesimistas de política basadas sobre nuestros experimentos de estática comparada, es de 1975, como parte de un primer artículo mío en el cual proponía un cambio del acento que tuviera como principal objetivo de política del desarrollo la lucha contra la pobreza más que el crecimiento económico).

En los experimentos de política, conducidos por , nuestro CGE encontramos muy difícil individualizar las interacciones de política capaces de reducir las desigualdades en la distribución de los ingresos. De las cerca de 3,000 variables endógenas del modelo sólo dos (la migración rural-urbana y los términos de intercambio de la agricultura), tenían un impacto advertible. La distribución del ingreso era más bien estable: los programas de amplia escala producían efectos que modificaban sólo la segunda cifra decimal del coeficiente de Gini. La mayor parte de las intervenciones modificaba la incidencia de la pobreza (es decir la distribución funcional del ingreso), especialmente entre los pobres urbanos y rurales y los casi-pobres, sin modificar la magnitud relativa de la pobreza (es decir la distribución absoluta del ingreso). En ausencia de cambios en la distribución de la riqueza o en las instituciones que influyen al acceso de los pobres a los mercados de factores y de bienes, sólo los cambios en la estrategia de desarrollo equivalentes a amplios paquetes de programas recíprocamente coordinados podrían lograr alterar la magnitud relativa de la pobreza, generando un tipo justo de crecimiento económico. Era más fácil reducir la pobreza absoluta que la relativa. Esta conclusión fue confirmada por nuestros experimentos dinámicos y es coherente con las conclusiones sacadas

de modelos para diferentes países, con diferentes reglas de cierre y diferentes especificaciones estructurales (Adelman y Robinson, 1988).

Terminado el libro, Sherman Robinson entró al Banco Mundial y pasó a trabajar sobre industrialización y el intercambio, con modelos CGE genéricos. Simplificó la explicitación del modelo CGE-Corea basándose en la intuición conquistada con nuestra sensibilidad y con los experimentos de política; mejoró el algoritmo de solución, mejoró la especificación sectorial; basó explícitamente, más que implícitamente, la calibración del modelo, sobre la estructura contable de la matriz de contabilidad social (SAM). Su trabajo tuvo gran importancia en la difusión del empleo de los modelos CGE entre los estudiosos académicos y la comunidad de los planificadores de las políticas. Es todavía curioso notar que dado el actual y renovado interés en el impacto sobre la pobreza de los programas de ajuste estructural inspirados por el Fondo Monetario Internacional en los países en vía de desarrollo cargados de deuda, en los CGE de este decenio se están reintroduciendo uno a uno muchos de los mecanismos monetarios, macroeconómicos, de organización industrial y distribución del crédito que, en el intento de llegar a un modelo genérico más sencillo, él había eliminado del modelo CGE en Corea.

Yo continué mi trabajo sobre las políticas distributivas; después de dos shocks petrolíferos, habíamos perdido progresivamente confianza en la posibilidad de incidir sobre la asistencia al desarrollo y las políticas de desarrollo, así que me dediqué siempre más al estudio de las instituciones en el proceso de desarrollo y en la historia económica.

En 1977 fui invitada a Leiden a dar un curso denominado Cleveringa. Se trata de un curso instituido por la reina de Holanda para conmemorar la resistencia de la Universidad de Leiden, guiada por Cleveringa, profesor de derecho, contra la orden nazi de que se corriera a todos los profesores hebreos. El curso debía tratar una cierta cuestión relevante para los derechos humanos, y ser presentado por un científico social elegido en años alternos entre profesores holandeses y extranjeros. Fui la cuarta en cubrir este encargo y la segunda economista tras Tinberger. En mi plática *Redistribution before Growth. A Strategy for Developing Countries* (Marinus Nijhof, 1978), proponía la distribución de los recursos antes, más que después, del mejoramiento de su productividad: la reforma agraria antes que la mejoría en la productividad de la agricultura, y la instrucción elemental de masa antes de un consistente empuje hacia la industrialización.

Una redistribución de los recursos antes que mejoría de productividad habría permitido la contemporánea actuación de acciones favorables al crecimiento y de acciones favorables a la equidad de una manera tal que reforzara las posibilidades de mejorar la condición de los pobres a través del desarrollo económico. Los colegas de profesión me han dado la razón sobre el tema

de dar más importancia a la instrucción elemental, pero han considerado poco realista mi sostén de la reforma agraria. En *Beyond Export-Led Growth* (World Development, 1984) propuse para el periodo de los años ochenta, de lento crecimiento del ingreso mundial y del Intercambio, una reconversión temporal hacia el desarrollo agrícola en régimen de apertura de cambios, como mecanismo para acelerar la industrialización interna y realizar una mayor equidad (la estrategia Adli). Empleé el modelo genérico CGE de Corea, desarrollado por Sherman Robinson, para demostrar, en un ambiente mundial de lento crecimiento, la superioridad de esta estrategia respecto a la sustentada en un crecimiento jalado por las exportaciones.

Contemporáneamente Cynthia Taft Morris y yo intensificamos nuestro trabajo de historia económica. En 1988, después de haber terminado el libro de historia, sentimos que nuestra comprensión de las complejas interacciones que determinaban las diversas reacciones de los distintos países a la revolución industrial de Gran Bretaña, era suficiente como para permitirnos especificar, utilizando la metodología estática de Herman Wold, un modelo de ecuaciones simultáneas, con mínimos cuadrados parciales del desarrollo económico del siglo XIX. (Adelman, Lohmoller y Morris, 1988). Ahora estamos trabajando en una monografía de la cual presentamos ejemplos de desarrollo de la historia pasada y contemporánea.

La Política Económica

Comencé pronto a ocuparme de política económica, y siempre he sentido que me ofrecía tanto motivaciones como nuevas perspectivas para mis investigaciones. Mi primer involucramiento con la política económica comenzó por casualidad. En 1963 la oficina en Vietnam pidió urgentemente a la AID, en Washington, un estadístico que realizase una investigación del ingreso y del gasto rural en el Delta. No me quedaba claro el motivo de esta urgencia, pero quería viajar y me ofrecí como voluntaria. Cuando llegué a Saigón, quedé impactada por dos cosas: la población vietnamita no parecía interesada en la guerra, y la situación de la seguridad era mucho peor de cuanto nos decían los comunicados militares y diplomáticos provenientes de Saigón. Me dije que con informaciones erradas era imposible que en Washington se tomaran decisiones correctas, y con la arrogancia de la juventud comencé una misión individual de recoger datos. Mi punto de partida era comprender por qué la población vietnamita se desinteresaba de la guerra. Pronto comprendí que la respuesta estaba en buena parte en el hecho de que dada la situación de propiedad existente, la población rural tenía un gran incentivo positivo a tener vivo un moderado nivel de actividad militar: a causa de la guerra la mayor parte de los propietarios de tierras había dejado las zonas rurales, y en los últimos tres años no habían cobrado la renta.

Con las rentas existentes la pacificación habría significado un endeudamiento de cerca de 1.5 veces la producción anual. Esto me indujo a considerar que las posibilidades de poner fin a la guerra serían mayores si en lugar de recurrir a métodos militares se hubiese realizado, con el apoyo de Estados Unidos, una reforma agraria de tipo “la tierra a quien la trabaja”. ¡Comprarles a los propietarios a precio de mercado todas las tierras en venta habría costado tan sólo cerca de la mitad del gasto militar anual de aquel momento! Al regresar a Saigón, durante cerca de tres meses gasté gran parte de mis energías perorando en favor de este punto de vista ante las autoridades políticas. Se me escuchó, pero sin embargo prevaleció el enfoque militar. Muchos años más tarde encontré nuevamente al director de la misión de la AID en Saigón y le pregunté por qué la investigación sobre el consumo y el gasto había recibido una prioridad tan elevada. Me respondió: “el país puede quedar destruido, pero Washington quiere sin embargo saber cuál es el producto nacional bruto”. Un amargo y duro comentario sobre la burocracia.

Comencé pronto a trabajar en la planificación del desarrollo recibiendo conocimientos sobre los métodos de formulación de las políticas, y mucha satisfacción personal y profesional. En los años cincuenta y sesenta el trabajo sobre el desarrollo económico era en su conjunto no técnico, excepto en un sector: el de la planificación del desarrollo. Este sector, iniciado por Tinbergen con su formulación de la planificación y su concepción jerárquica de la interacción entre Estado y economía se prestaba al empleo de todas las técnicas de econometría e investigación de operaciones. La parte técnica de mi alma podía, por lo tanto, encontrar satisfacción. Además, en ese período se ofrecía espacio a la contribución de consultores externos. La coincidencia de estas dos circunstancias favoreció mi trabajo sobre el segundo plan quinquenal de Corea, resumido en *Practical Approaches to Development Planning. Korea 's Second Five Year Plan* (Johns Hopkins Press, 1971).

Mi involucramiento con Corea comenzó de manera casual. En el verano de 1964 me encontraba en la oficina con un colega de la AID que se lamentaba porque su jefe (Hollis Chernery) quería mandarlo a Corea del Sur, mientras que él quería ir a Turquía. Le dije: “¡voy yo!”; llegué como emisaria de la AID a inicios de 1965 y escribí un informe crítico sobre la organización institucional para la planificación en Corea y me regresé a casa con la idea de que nunca regresaría. Para gran sorpresa mía mis recomendaciones fueron escuchadas y fui llamada a contribuir a trabajar en el plan. Concluimos empleando todas las técnicas econométricas y de investigación de operaciones entonces conocidas para determinar la distribución de las inversiones, del crédito y de las divisas extranjeras para el sucesivo plan quinquenal. El plan, iniciado en 1967, llevó a una reconversión hacia el crecimiento jalado por las exportaciones después de una devaluación del 50% para realinear el tipo de cambio, y sustanciales reducciones

en las tarifas aduanales, y en el radio de acción de la protección para reducir las distorsiones, el redoblamiento de las tasas de interés para reducir la inflación y aumentar el ahorro. Para una economía con recursos humanos muy desarrollados (un nivel de instrucción tres veces superior a la media, para una economía con su ingreso per cápita), un mercado interno muy reducido (en 1965 el ingreso per cápita era de cerca de sesenta dólares) y una dotación muy escasa de recursos naturales y por lo tanto elevados coeficientes de importación, era tan natural recomendar una reconversión hacia el crecimiento jalado por las exportaciones. En aquella época, no era yo sensible al problema de la distribución del ingreso, pero el plan funcionó muy bien, aun en contra de la pobreza, haciendo triplicar en diez años el ingreso de los pobres gracias a la muy equitativa distribución de los recursos. Corea había tenido dos grandes reformas agrarias a principios de los años cincuenta, y tenía la instrucción elemental para todos. En 1972 mi trabajo en el segundo plan quinquenal recibió una condecoración del presidente Park, la Orden de la Torre de Bronce. La mención señala: "Con profundo interés por el bienestar del pueblo coreano la señora Irma Adelman, Profesora en la Northwestern University, ha dedicado con gran competencia sus energías al desarrollo económico de Corea y en esta forma ha contribuido grandemente al logro de los objetivos de autosuficiencia económica perseguidos por el gobierno de la República de Corea. Con su valiosa aportación y la obra realizada se ha conquistado el aprecio y la admiración del pueblo coreano". Sin embargo, cuando en 1973 el presidente Park se transformó de benévolo dictador en déspota opresivo, torturando y metiendo en prisión a sus opositores, consideré necesario dimitir de cualquier encargo de consultoría en Corea del Sur, después de haberme cerciorado de que esto no habría creado dificultad a mis colaboradores coreanos.

Por última vez me vi involucrada directamente en la política económica en 1971, cuando entré al Banco Mundial. En el Banco circulaba un borrador provisional de un artículo que hacía un resumen de los resultados de mi trabajo con Cynthia Taft Morris, sobre la distribución del ingreso y del desarrollo. El redactor de los discursos de McNamara, abocado a la búsqueda de material sobre el tema, encontró el artículo y lo utilizó como hilo para el discurso chileno de McNamara. Fue este el discurso que marcó un cambio en la política del Banco hacia una mayor atención a la lucha contra la pobreza en la concesión de préstamos a los países en vías de desarrollo.

El haber cambiado la actitud hacia subrayar la importancia de la distribución del ingreso y la pobreza en las políticas de desarrollo me hizo perder toda popularidad entre las oficinas de planificación de esos mismos países en vías de desarrollo. Durante un tiempo fui popular gracias a las agencias internacionales atentas a los problemas de la pobreza, en particular la Oficina Internacional del Trabajo y el Banco Mundial. Sin embargo, cuando sus intereses se dirigieron

hacia los problemas de la deuda y el comercio, terminó también este involucramiento mío en la política económica. Cualquier influencia que tenga yo ahora es indirecta y se debe a mis investigaciones académicas y a mis escritos de política económica.

Problemas de Carrera

No he hablado hasta ahora del modo en el cual mi vida y mi carrera han resentido los particulares problemas que una mujer profesional debe enfrentar: discriminación, satisfacción de las múltiples demandas de la casa, de los hijos y de la carrera; la administración de dos carreras. Me enfrenté por primera vez con la discriminación en 1955, cuando obtuve mi doctorado. Estaba totalmente impreparada. Era extranjera en los Estados Unidos y no había comprendido que, como en la democracia de la antigua Grecia, para las mujeres americanas no vale el mito de Horatio Alger, que caracteriza a los Estados Unidos como una sociedad móvil y abierta. En los Estados Unidos de los años cincuenta la discriminación en el medio académico contra las mujeres era increíble. Había obtenido mi título en una institución de primer nivel, era la mejor de mi curso y esto en un período en el cual la demanda de profesores de universidad era elevada. Sin embargo, cuando se trató de entrar en el mercado de trabajo ninguno quiso gastar una recomendación para un empleo altamente improbable. En aquella época las oportunidades de empleo no eran publicadas, sino que se conocían sólo a través de una red de contactos personales. Cuando hice una solicitud para un puesto de profesor en la Universidad Estatal de San Francisco, el presidente me sugirió buscar empleo en una escuela superior privada local. Al final Berkeley me contrató bajo un contrato anual como *teaching associate*, una posición ordinariamente otorgada a estudiantes graduados de tercer año que habían superado sus exámenes. Siguieron luego seis años en la Mills College de Berkeley (un colegio femenino privado de élite en donde me concienticé de muchos fenómenos descritos en *La mística de la feminidad*, de Betty Fridman). Y en Stanford, siempre con encargos anuales sin seguridad de renovación. En ese momento había publicado mi primer libro, el artículo sobre Klein-GoIdberger, otros dos artículos sobre el ciclo económico y mis artículos sobre el muestreo y los números índices hedonísticos y mi estudio sobre el empleo de las cadenas de Markov sobre la predicción de la distribución por dimensiones de las empresas en el largo plazo. La cantidad y calidad de mis publicaciones hubiera sido suficiente para darme una sólida promoción a un empleo con tiempo indeterminado en cualquier institución de primer nivel si hubiese sido hombre. Y sin embargo la estabilidad todavía era lejana... En aquel periodo la cosa más difícil fue alejarme de la amargura. Doy gracias por mi buena suerte de haber tenido la madurez para

comprender que si me hubiese dejado tomar por la amargura, el mundo habría vencido su batalla contra mí, cualquiera que hubiese sido el resultado profesional. Me prohibí hacer comparaciones envidiosas con los hombres y me impuse considerarme como parte de un grupo no competitivo del tipo de Cairns. Sin embargo, si las cosas hubieran seguido un poco más en el mismo sentido, no hubiera estado en posición de evitar la corrosión de la amargura. Fui otra vez afortunada: estuve constantemente ocupada en instituciones de primer nivel con excelentes colegas con los cuales discutía en el mismo nivel. Mis relaciones de trabajo con los colegas y con los estudiantes eran más fáciles. Las mujeres están acostumbradas a tratar con hombres de mayor edad, y mis colegas no me consideraban una amenaza, encontraba fácil el rol materno de educadora con los estudiantes.

Luego vino la apertura. Mi marido se aburrió de su trabajo en el Livermore Laboratory y obtuvo un empleo más comprometedor en Washington, D.C. Recurrí al canal húngaro (de Tibor Scitovsky en Berkeley, de George Jaszi en la John Hopkins) para señalar mi disponibilidad y se me ofreció una *associate professorship* en la Hopkins con un sueldo de príncipe de diez mil dólares al año, un aumento del 60% respecto a cuanto se me pagaba en Stanford.

Nos transferimos y encontré a Cynthia Tafi Morris; comencé a emplearme en la política económica gracias a Hollis Chenery y a la AID y pude aprovechar la estabilidad de mi empleo para empeñarme en investigaciones más riesgosas y de más amplio ámbito, culminando con las publicaciones Adelman-Morris. La discriminación sobre el sueldo todavía continuaba. Cuando me lamenté con mi rector en la Hopkins por la ausencia de aumentos durante tres años, a pesar de la elevada productividad, me respondió que solicitara ofrecimientos alternativos como indicación de mi costo de oportunidad. En el curso de una semana obtuve dos ofrecimientos, uno de la Maryland, con 60% más de sueldo, y uno en la Northwestern con un sueldo de 80% superior. El empleo en la Northwestern parecía ser singularmente seductor por la presencia de un activo grupo interdisciplinario que trabajaba sobre desarrollo económico y porque diversos colegas futuros, George Dalton, Karl de Schweinitz y Jonathan Hughes compartían mis intereses en un amplio espectro hacia el tema de las instituciones. Mi esposo encontró en Chicago un trabajo satisfactorio y en 1976 nos transferimos.

Estaba yo muy contenta en Northwestern. Me gustaban el departamento, los colegas, las dimensiones de la escuela, la calidad de los estudiantes, la actitud de la administración y, en fin, pero no en último término, el Centro de Cálculo. Continué mi colaboración con Cynthia Taft Morris, y si no hubiera sido por la situación profesional de mi marido, hubiera permanecido en la Northwestern. Su trabajo en un laboratorio de investigación de Chicago se demostró insatisfactorio, y por lo tanto debimos transferirnos nuevamente. Pasamos un año feliz en 1971

en el Center for Advanced Studies in Behavioral Sciences, en Palo Alto. Influido por Vietnam, mi marido buscó aquel año reconvertirse de la física para la defensa a los problemas urbanos de las ciencias sociales. Trabajamos en un modelo de política urbana que contenía muchos puntos originales, pero que fue publicado solamente en capítulos de libros y en actas de congresos. Esperábamos que al final de aquel año habríamos podido encontrar ambos un puesto de enseñanza. Pero los tiempos eran equivocados: 1972 será el inicio de la recesión académica y los departamentos eran más severos de lo común en la valuación de las credenciales. Busqué obtener un empleo para ambos en una contratación única, y por poco la obtengo de la Universidad de Cornell. Al final, la parte del contrato que tenía que ver con mi marido no se logró realizar.

Después de un año en el Center, nos transferimos una vez más a Washington. Obtuve un empleo en el Banco Mundial. Mi marido continuó su trabajo en el libro sobre los problemas urbanos; y seguimos buscando empleo para ambos. Durante un año yo fui la que llevó el dinero a la familia. Entendí entonces cuánto, en la realidad, oprime el peso psicológico de este rol. Me despertaba en medio de la noche con sudores fríos preguntándome qué sería de la familia si tenía un incidente que me inhabilitara, o si me corrían. Ahora me doy cuenta que lo que buscaba hacer era equivocado, aunque lo hubiera logrado: Mi marido tenía que obtener un trabajo por sus propios méritos, más que como una parte de una negociación conjunta. No me sentía a la altura porque era incapaz de darle aquello que quería (una posición de profesor en las ciencias sociales) y él estaba resentido por mis intentos y mi ayuda que al mismo tiempo deseaba. Cuando renuncié, él encontró un empleo en su antigua profesión en una semana. Yo no sabía si reír o llorar.

Al final del primer año en el Banco Mundial obtuve un empleo como profesora en la Universidad de Maryland. La Maryland era la universidad de pendulares, lo que significaba que los estudiantes y profesores iban sólo para un fin particular, y cada día regresaban a Washington, a casa o a la oficina. Me faltaba la atmósfera del *college*, típica de la universidad no urbana, como Berkeley, Stanford o Northwestern. Tanto mi marido como yo trabajábamos demasiado, y no nos quedaban energías para realizar una vida social así que comenzamos a construir vidas independientes, discutiendo sólo los problemas prácticos o cuando asistíamos a un espectáculo en el Kennedy Center. Al final, lo inevitable sucedió: nos separamos, y en 1980 nos divorciamos.

Podía ahora moverme libremente y cuando el Department of Agricultural and Resource Economics de Berkeley sondeó mi eventual disponibilidad, tomé la ocasión al vuelo. El trabajo sobre la pobreza me había hecho comprender la importancia del desarrollo agrícola, y estaba penosamente consciente de cuán poco sabía de agricultura, y de cuánto el desarrollo agrícola es

más difícil que la industrialización. Esperaba que en contacto con el trabajo de mis colegas pudiera aprender algo de economía y de tecnologías agrarias y de las bases físicas de la agricultura. No quedé desilusionada. En 1979, el año de mi ingreso en el departamento, aprendí muchas cosas sobre estos conocimientos, pero todavía debo aprender mucho más. Para decir la verdad considero que, en los próximos años, entre los intereses centrales de mis investigaciones estarán las interacciones entre agricultura e industria, y los caminos para el desarrollo agrícola.

En conclusión, mi respuesta a los problemas gemelos de la discriminación contra las mujeres y de la relación con la carrera de mi marido, fue una elevada movilidad geográfica. Una vez hice la cuenta de que habíamos tenido más casas que automóviles. Nos transferimos cada vez que era posible, obedeciendo el criterio paretiano, y nos alternamos en dar el primer paso.

Cada vez que alguna estudiante me pregunta: “¿Cuál es el mejor momento para tener un hijo, si quiero trabajar?”. Mi respuesta es: “Cuando estés terminando los estudios o cuando tengas seguro un empleo estable” (en consecuencia me encuentro con un discreto número de estudiantes embarazadas). Por parte mía escogí un momento distinto, que no ha facilitado mi carrera: nuestro hijo nació en 1958, cuando mi posición académica era bastante precaria. Las mayores dificultades en conciliar las tareas de madre con la carrera han venido de la tremenda tensión que esto implica, del constante sentido de culpa por no ser una madre de tiempo completo y de ansia continua porque a mi hijo pudiera sucederle algo mientras estaba trabajando. En aquella época, las oportunidades de confiar los hijos a otros durante el día eran escasas y de dudosa calidad. Durante los primeros diez años de su vida, tuve en casa una auxiliar de tiempo completo. Después una ayuda diaria, primero durante cinco días a la semana, después por dos, y luego por uno. Él era un niño fácil de cuidar e inteligente, enérgico, sociable y con un gran sentido del humorismo. Nuestras relaciones han seguido siendo estrechas, aunque en los últimos años ha habido algún episodio de incomprensión. .

Como todas las autobiografías, mi recuento, por fortuna, todavía no ha terminado. Sin embargo no preveo muchos nuevos puntos de partida; sólo una profundización de las viejas líneas de investigación y una continuación de mi actual satisfactorio estilo de vida personal y profesional. Pero, ¿quién sabe?